

Correspondencia¹

Friedrich Schiller y Johann Wolfgang von Goethe

A Goethe

Jena, 23 de agosto de 1794

Ayer me hicieron llegar la agradable noticia de que usted había regresado de su viaje. Así que albergamos de nuevo la esperanza de que quizás podamos verle pronto entre nosotros, lo cual por mi parte deseo con vivacidad. Las últimas conversaciones con usted han puesto en movimiento todo el conjunto de mis ideas, pues se centraron sobre unos asuntos que me han ocupado intensamente desde hace algunos años. Sobre algo en lo que no he podido siquiera ponerme de acuerdo conmigo mismo, la intuición de su espíritu (pues así debo referirme a la total impresión que han causado sus ideas sobre mí) ha encendido una luz inesperada. Me faltaba el objeto, el cuerpo, en muchas ideas especulativas, y usted me puso sobre esa pista. Su mirada observadora, que tan silenciosa y pura se fija sobre las cosas, no corre nunca el peligro de descaminarse en el que tan fácilmente se pierden tanto la especulación como la imaginación, arbitraria y sólo obediente a sí misma. En su recta intuición está, todo y en cabal integridad, lo que el análisis busca con esfuerzo, y sólo porque en usted reside eso como una totalidad, su propio reino se le esconde pues, por desgracia, sólo sabemos aquello que analizamos. Por eso, espíritus como el suyo casi nunca saben lo muy atosigados que están y qué poca razón tienen para fiarse de la filosofía, que únicamente puede aprender de ellos. La filosofía puede tan sólo analizar lo que le es dado, pero el dar no es en sí mismo asunto de los analíticos, sino del genio, el cual, bajo la oscura pero segura influencia de la razón pura, nos liga a leyes objetivas.

¹ Traducimos a partir de la siguiente edición: *Der Briefwechsel zwischen Schiller und Goethe*. Emil Staiger (ed.) Frankfurt, Insel Taschenbuch, 1995, 1085 pp. Esta se basa en la tercera edición (1987) de las cartas en dos tomos, editados así desde 1977. Este año se cumple el bicentenario de la muerte de Schiller (1759-1805). Sirva este diálogo con su gran contemporáneo Goethe, como homenaje a su memoria.

Desde hace largo tiempo, si bien desde bastante distancia, he sido espectador del recorrido de su espíritu y he observado siempre con renovada admiración el camino que usted se ha trazado. Usted busca lo necesario de la naturaleza, pero lo busca del modo más difícil, del cual se guarda todo carácter de débil vigor. Usted reúne toda la naturaleza para recibir luz sobre lo singular; en la totalidad de los modos de sus fenómenos busca usted la razón explicativa del individuo. A partir de la organización más sencilla asciende usted paso a paso hasta la más desarrollada, para, finalmente, erigir genéticamente, con los materiales de todo el edificio de la naturaleza, a la más desarrollada de todas ellas: el ser humano. Debido a que usted lo recrea según el modelo de la naturaleza, procura adentrarse en su técnica escondida. Una idea grande y verdaderamente digna de un héroe que muestra suficientemente hasta qué punto su espíritu mantiene unida la rica totalidad de sus representaciones en una bella unidad. Usted no puede haber albergado alguna vez la esperanza de que su vida pudiera ser suficiente para un objetivo así, pero el mero haber seguido ese camino es más valioso que el haber terminado cualquier otro –y usted ha elegido, como Aquiles en la *Iliada* entre Ptía² y la inmortalidad. Si hubiese nacido usted como griego o tan sólo como italiano y ya desde la cuna se hubiese rodeado de una selecta naturaleza y de un arte idealizante, entonces su camino se hubiese acortado hasta el infinito, quizás hubiera sido completamente superfluo. Ya desde la primera contemplación de las cosas hubiese recogido la forma de lo necesario, y con sus primeras experiencias se hubiese desarrollado ese gran estilo en usted. Ahora bien, dado que usted ha nacido como alemán, que su espíritu griego ha sido arrojado a esta creación nórdica, no le queda otra elección que la de, o bien llegar a ser un artista nórdico o bien sustituir, con ayuda de su capacidad de pensar, lo que la realidad le niega a su imaginación y así, en cierto modo, dar a luz una Grecia desde sí mismo y hacerlo de un modo racional. En aquellas épocas de la vida en las que el alma construye su interioridad a partir del mundo exterior, cercada por formas deficientes, ya adoptó usted una naturaleza salvaje y nórdica cuando su victorioso genio, pensando su material, descubrió esta carencia desde lo interior y, desde fuera, se cercioró a través del conocimiento de la naturaleza griega. Ahora debe usted corregir esa mala naturaleza que fuerza su imaginación según el mejor modelo creado por su genio ilustrado, lo

² *Ciudad de Tesalia, patria de Aquiles, que en la Iliada significa la vida tranquila y cómoda pero sin honor. [N. del T.]*

cual no puede tener lugar de otro modo que mediante conceptos rectores. Pero esta dirección lógica, que el espíritu está obligado a tomar por la reflexión, no se lleva bien con lo estético, que es lo que él emplea para dar forma. De modo que usted tiene un trabajo más, pues así como procedió desde la intuición hacia la abstracción ahora debe hacer el camino de regreso: transformar los conceptos en intuiciones y transformar los pensamientos en sentimientos, pues sólo mediante un proceso así puede crear el genio.

Más o menos así juzgo el curso de su pensamiento y, si estoy o no en lo correcto es algo que sólo usted puede saber mejor. Pero lo que usted puede saber peor (porque el genio es siempre para sí mismo el mayor misterio) es la hermosa conformidad de su instinto filosófico con los más puros resultados de la razón especulativa. Incluso en un primer vistazo parece que no pudiera haber mayores oposiciones que la del espíritu especulativo, que parte de la unidad, y del espíritu intuitivo, que parte de la diversidad. Si el primero busca con sentido casto y fiel la experiencia, y el último busca también con capacidad de pensar libre e independiente la ley, entonces no puede no suceder que ambos se encuentren a mitad de camino. En verdad, el espíritu intuitivo se ocupa exclusivamente de los individuos, mientras que el especulativo lo hace sólo de los géneros. Ahora bien, si el espíritu intuitivo es genial y busca en lo empírico el carácter de necesidad, siempre producirá individuos pero con el carácter del género; y si el espíritu especulativo es genial y no pierde la experiencia mientras se eleva sobre ella, entonces producirá siempre sólo géneros, pero con la posibilidad de la vida y con una fundada relación con objetos reales.

Pero me doy cuenta de que en lugar de una carta le estoy escribiendo un tratado —disculpe usted el vivo interés con el que me ha llenado este asunto— y en caso de que no pueda reconocer su imagen en este espejo, le ruego encarecidamente que por ello no lo rehuya.

He leído con gran interés el pequeño escrito de Moritz que el señor von Humboldt le pidió por unos días, a quien debo agradecer también unos muy importantes consejos. Es una verdadera alegría dar cuenta clara de un modo de proceder instintivo —el cual puede inducirnos a error con suma facilidad— y así corregir sentimientos mediante leyes. Al seguir las ideas de Moritz, si se ve poco a poco, en la anarquía del lenguaje, que va viniendo un orden muy bello y, con tal motivo, se descubre en seguida la carencia y el límite de nuestro lenguaje, entonces se experimenta también su fuerza y se sabe en ese momento cómo y para qué es necesario.